

Excelencia Silenciosa

Joaquín Monge y Rafael Guendelman nos demuestran que el éxito se puede alcanzar sin conductas exuberantes.

por **Tomás Guendelman Bedrack**



Tomás Guendelman Bedrack, ingeniero civil de la Universidad de Chile y Master of Sciences de la Universidad de Berkeley, es profesor titular de las universidades de Chile, de Santiago, y Universidad Mayor. Es Past President de la Asociación Chilena de Sísmología e Ingeniería Antisísmica (ACHISINA) y Presidente de I.E.C. Ingeniería S.A.

A mediados de los sesenta, cuando se habilitó el edificio central de Beauchef, Joaquín Monge dictó una clase en una de las salas del segundo piso, con el mismo estilo y ritmo de siempre, salvo porque la calidad de los nuevos pizarrones y las tizas plásticas le evitaron quedar como “empolvado de Curacavi”. Al cabo de 90 minutos, tras un despliegue de complejas ecuaciones de la elasticidad con las que había llenado varias pizarras, concluyó su última frase, dejó el borrador y la tiza en la bandeja del pizarrón y se dirigió raudamente a la puerta de salida, por la que desapareció. Sin embargo, esa puerta no llevaba al exterior de la sala sino a un closet. Joaquín no salía desde el interior y los alumnos apreciaron que su carácter le impedía vivir con humor este accidente y que, por el contrario, lo estaba tomando como un bochorno de proporciones. Respetuosos de su persona, se retiraron rápidamente, dándole así tiempo de rehacer solitariamente su ruta. Todo lo que posteriormente se habló del acontecimiento, lejos de ridiculizar la situación, se hizo con profundo respeto, como un elogio a su intransable y consecuente forma de vida.

Nuestro vínculo directo se inició una vez que Joaquín tuvo importantes avances en el desarrollo teórico con modelos continuos de análisis de estructuras de edificios, incursionando en los trabajos de Rossman, Gluck, Coull, Albiques y Goulet, entre otros. Dedujo ecuaciones de amplio espectro para casos de flexión y corte y captó que a partir de ese punto, no podía desligarse de la herramienta computacional. En ese momento me invitó a sumarme a su trabajo, correspondiéndome el desarrollo del software asociado a su naciente teoría. Publicamos importantes trabajos en congresos internacionales en Italia, India y Chile, y condujimos más de diez memorias de título, hasta que nos pareció que el tema podía darse por agotado. Generalmente, cuando quedábamos con alguna tarea inconclusa, Joaquín se llevaba el material a casa y traía a la mañana siguiente una docena de hojas de block fiscal escritas con lápiz

Bic. El desarrollo era impecable y, a lo sumo, había un par de líneas tarjadas y reescritas. Daba lo mismo que fuesen ecuaciones diferenciales a derivadas parciales, transformaciones de Laplace o de Fourier. Joaquín estaba dotado de un enorme bagaje teórico al que echaba mano en forma indiferente. Casi podría decir que parecía uno de esos mecánicos de automóviles que portan un maletín lleno de herramientas y que meten la mano y sacan la “llave del 12”, sin ninguna duda. Se paseaba por los complicados libros de Sokolnikov, de Love y de otros eruditos, como si fueran novelas de cowboys, y de paso, era capaz de desarrollar procedimientos alternativos originales. Destaca en forma muy especial su representación gráfica de las rigideces de edificios, mediante una elipse, cuyos diámetros mayor y menor medían las rigideces traslacionales en direcciones perpendiculares, y la inclinación de sus ejes, el nivel de acoplamiento, en una suerte de metáfora generalizada del círculo de Mohr.

Pese a su carácter tímido y silencioso, era un individuo vital y extremadamente amistoso, que gozaba con un refrescante schop en el Café Universitario en las tardes calurosas de diciembre; jugaba bridge en pareja con Josefina, su mujer, en diversos grupos de adictos a ese juego-ciencia; y era un genio contando chistes de todos los colores. Recuerdo con especial cariño aquel 31 de diciembre en el que anticipamos el año nuevo a eso de las doce del día en el Laboratorio de Estructuras, en que nos dejé borrachos a Rodolfo Saragoni y a mí, entre otros. No paró de contar chistes entre vaso y vaso de cola de mono, hasta cerca de las tres de la tarde.

El único escollo que Joaquín no pudo vencer fue el de su adicción al Cabañas Especial, ese veneno de sección elíptica, como su teoría, que venía en envases de diez unidades, con boquilla color corcho y que Joaquín consumía a razón de cinco o más paquetes diarios. Los tratamientos terapéuticos que se le practicaron una vez detectada la enfermedad hicieron que su cabellera plateada con visos amarillos se viera despoblada; pero no fueron suficientemente potentes para sanarle ni mucho menos, para cambiarle la sonrisa o el optimismo. Poco tiempo antes de dejarnos, llegó al IDIEM en calidad de asistente a

Joaquín Monge hizo importantes avances en el desarrollo teórico con modelos continuos de análisis de estructuras de edificios.

una charla de cuyo contenido no recuerdo nada, pero no podré olvidar que nos saludó, uno por uno a todos los concurrentes, como si nada pasara.

Con mi primo Rafael Guendelman tuve escaso contacto durante nuestra niñez. Yo era dos años y medio mayor que él, razón casi suficiente a esa edad para tener vidas muy distantes. El tiempo siguió su curso sin que recuerde especialmente ningún momento de contacto con él. Casi diría que no notaba su existencia, hasta que lo encontré en la universidad, hacia fines de 1966, cuando regresé al país contratado por el Departamento de Obras Civiles de la Universidad de Chile. Rafael me llamó por teléfono y me dijo que estaba egresando de Ingeniería Civil, en la misma especialidad mía, y que le gustaría que lo recibiera. Accedí encantado y nos encontramos. Me sentí muy cómodo con él. En primer lugar, ya no percibía esa diferencia de edad inicial y, además, era un verdadero caballero, educado, humilde y afectuoso, características sólo parciales, pues posteriormente me mostraría generosidad, inteligencia, sensibilidad y brillantez. Desde el minuto mismo de ese reencontro, nació una sólida, continua y eterna amistad. Rafael fue mi alumno de grado para titularse de ingeniero, y junto a mi hermano Jorge y a René Luft, formamos la oficina profesional que hasta el presente mantengo, aunque ahora mis socios son otros.

Rafael Guendelman desarrolló en su doctorado un software que aún es usado en muchos centros académicos y de investigación en el mundo.

El desarrollo de la tesis de Rafael y el trabajo creciente de nuestra oficina, desde mediados de 1967, hacía que nos encontráramos a primera hora de la mañana y no nos separáramos en todo el día, inclusive los días sábado, domingo y festivos. Rafael tenía una enorme capacidad de trabajo. Era una verdadera mula de carga. En esos tiempos la computación era una disciplina nueva y programas y datos se materializaban en tarjetas perforadas que se ordenaban en cajas de dos mil unidades. Los volúmenes de tarjetas, para cualquier trabajo, eran considerables, y los computadores, muy escasos, por lo que el traslado de cajas de un lado a otro era permanente. Rafael nunca tuvo problemas para cargar tres, cuatro y a veces cinco cajas, desde la oficina hasta el computador. Casi se diría que se ofrecía con agrado para hacerlo.

A su capacidad de trabajo se sumaba un alto grado de introversión y timidez, que resultaban incomprensibles al compararlas con su envergadura y fortaleza física. De estudiante jugaba rugby y le hacía empeño al fútbol, al tenis, al esquí o a cualquier actividad deportiva. Esta introversión lo alejaba, por momentos, de los demás. Necesitaba tra-

bajar en forma individual. En equipo, a veces, se veía indeciso y trancado, pero esa situación se revertía de inmediato cuando se le dejaba solo.

Después de cuatro esforzados años, llenos de grandes experiencias, partió a la Universidad de California, Berkeley, en busca de un doctorado en Ingeniería Antisísmica, que consiguió al cabo de tres años, con una interrupción debida a la muerte de su padre. Su trabajo de doctorado fue muy exitoso. Con toda seguridad, llegó a Estados Unidos premunido de una gran experiencia profesional, probablemente superior a la de todos sus compañeros de estudio y, por qué no, a la de muchos de sus profesores. Su tesis final, Drain-Tabs, es un producto aún vigente de software de alta calidad profesional, requerido y usado en muchos centros académicos y de investigación en el mundo. Muchas veces me he visto injustamente favorecido con su talento, pues numerosos profesionales del área creen que yo soy su autor, dado el hecho que mi nombre es más conocido en el ambiente que el de Rafael, y que su falta de vanidad y exceso de generosidad hacían que él no intentara desmentir la situación. Llego a pensar que le hubiera encantado regalarme la autoría de su trabajo intelectual.

Rafael era un deportista de elite, no por sus registros atléticos propiamente, sino por la entrega, la capacidad física y la valentía con que emprendía tareas. Era ciclista y no se conformaba con un paseíto así no más. Iba y venía hacia y desde Algarrobo, subía a Farellones o al cerro San Cristóbal. Si se trataba de actividades marinas, se subía a su Yate, acompañado de una tripulación de cinco o más jóvenes veinteañeros, de probada calificación y competían en travesías oceánicas. El domingo catorce de Julio de 1991, aniversario de la toma de la Bastilla y cumpleaños de su esposa Karina, Rafael había salido temprano, como de costumbre, con su perro, a hacer yogging en el cerro San Cristóbal. No regresó. Su corazón le hizo una desconocida cuando, al parecer, iniciaba su segunda o tercera ascensión.

Desde nuestro reencontro en 1966, Rafael siguió siempre mis pasos y, aunque no se le haya reconocido, siempre me superó. Incluso en la partida.

Joaquín y Rafael, junto a muchos otros, nos demuestran que el éxito se puede alcanzar sin conductas exuberantes y que, por el contrario, la excelencia silenciosa también tiene un nicho legítimo. La partida prematura de ambos los privó de reconocimientos en vida que los tendrían muy bien merecidos. ■